

LA HISPANIDAD Y LA EVOCACIÓN IMPERIALISTA

del fascismo español

Eduardo González Calleja
Universidad Carlos III de Madrid

Como apunta Roger Griffin, la doctrina general de los fascismos vino marcada por un ultranacionalismo palingenésico donde se enlazan lecturas fabulosas del “ayer glorioso” con experiencias traumáticas más o menos recientes que parecían confirmar procesos de crisis y decadencia nacionales de más amplio calado, ante los cuales se erigió el mito taumatúrgico del Estado totalitario e imperialista¹. Los mejores ejemplos de esta visión del pasado se encontraron en Italia, donde el fascismo reaccionó a la *Vittoria mutilata* de 1919 estableciendo un vínculo de continuidad histórica con el Imperio romano, o en Alemania, donde la *Dolchstoßlegende* surgida a fines de 1918 trató de superarse con la instauración de un modelo de Estado nacionalsocialista que se pretendía heredero del Sacro Imperio romano-germánico y del Reich de los Hohenzollern.

Aunque, en ambos casos, la línea palingenésica quedó vinculada a acontecimientos históricos bien definidos, otros movimientos fascistas formularon esta conexión en términos más imprecisos, como fue el caso de la “decadencia” española, culminada –eso sí– en el evento clave del Desastre de 1898. Bien es cierto que existió una notoria diferencia entre la frustración generada por el desenlace de la Gran Guerra en dos naciones recientemente unificadas y muy implicadas en los reclamos del colonialismo y del imperialismo de fines del siglo XIX e inicios del XX, y el sentimiento de declive histórico que atenazó al reino ibérico, sumido en un difícil proceso de reconversión desde una periclitada estructura imperial a un Estado nacional sometido a fuertes tensiones internas.

¹ Roger Griffin, *The Nature of Fascism* (Londres: The Pinter Press, 1991), 32-40.

La dinámica cíclica del discurso palingenésico de los fascismos aparece con toda claridad: la evocación de una época feliz de dominio y poderío ubicada en un pasado más o menos remoto, la descripción de una etapa de decadencia alimentada por una oscura confabulación doméstica e internacional, la culminación de este proceso de crisis en un trauma colectivo, y su superación de la mano de un Estado de factura totalitaria mediante la adopción de una política de disciplina interior y de agresividad exterior que condujera a una nueva Edad de Oro de hegemonía en la escena internacional. El fascismo italiano colocó en el centro de su discurso político el Estado totalitario como reconstructor y heredero natural de un imperio romano con eje en el Mediterráneo; el nazismo esgrimió la superioridad de la raza aria como justificadora del multiseccular *Drang nach Osten* germano que quedaría plasmado institucionalmente en el “Gran Reich de los mil años”. Por último, el fascismo español –en ocasiones, de forma vergonzante por sus limitados recursos y capacidades– propuso una vía de regeneración interna que implicaba algún tipo de retorno a los siglos gloriosos del imperio de los Habsburgo.

La formulación y el empleo de estos mitos políticos, de obvio componente historicista, no fueron exclusivos de los fascismos, ya que sus formulaciones pioneras procedieron del acervo político e intelectual conservador. Lo que, en nuestra opinión, sí resulta genuinamente fascista es la fusión de la vertiente interna y externa del discurso palingenésico en un proyecto coherente y agresivo de política exterior basado en la revisión de un *statu quo* internacional que era considerado humillante y lesivo, y que tenía responsables muy concretos: la acción disolvente de ciertos *lobbys* plutocráticos demoliberales, representados por potencias como Francia, Gran Bretaña o los Estados Unidos, que propiciaron acuerdos fallidos como la Paz de Versalles y apuntalaron la “falsa paz” de la posguerra con la creación de la Sociedad de Naciones.

La movilización de todos los recursos nacionales (diplomáticos, económicos, militares, propagandísticos, culturales, demográficos...) para la revisión *de iure* y *de facto* del sistema internacional de la posguerra fue el rasgo definitorio de la política exterior de los fascismos que accedieron al poder antes del desencadenamiento de la segunda conflagración mundial. Una característica que no compartieron, por cierto, con los movimientos fascistas de la etapa histórica subsiguiente (como los colaboracionistas en el Nuevo Orden europeo dictado desde Berlín en la primera mitad de los cuarenta) y de otras latitudes, como los grupos afines del continente americano, sumidos muy pronto en la irrelevancia política ante el impulso en favor de la defensa panamericana orquestado desde Washington.

El propósito de este texto es determinar el origen y el despliegue de los principales recursos retóricos que ayudaron a construir el discurso palingenésico del fascismo español en política exterior. Para ello, trataremos de indagar sobre las aportaciones que hicieron a este discurso algunos destacados intelectuales que, desde mediados del siglo XIX hasta más allá de la Guerra Civil de 1936-1939, expresaron sus inquietudes en torno al papel que España debía desempeñar en dos espacios clave de su desenvolvimiento histórico: Europa y América. Ello nos permitirá calibrar si existió un programa alternativo al europeísmo y al hispanoamericanismo liberales, que pudiera ser reformulado y aprovechado por el fascismo español de los años treinta y cuarenta del siglo XX.

1. España, ¿en o frente al mundo? lecturas conservadoras de la política internacional

Durante buena parte del período isabelino, la concepción de América, y, en general, de toda la acción exterior española, se vio mediada por consideraciones lastradas por la herencia imperial. El despliegue de una política exterior dirigida casi en exclusiva a la defensa de las últimas colonias fue el propósito recurrente expresado por los intelectuales de la época, como el historiador Andrés Borrego². Por su parte, el político reaccionario Juan Donoso Cortés fijó su atención en el concierto europeo de potencias surgido del Congreso de Viena como último baluarte contra la revolución. Propugnó la armonía europea en torno a un orden social y político cristiano, en el que España pudiese hacer valer su tradición contrarreformista, que, a su juicio, había estimulado en el pasado las ambiciones de gloria, unidad y expansión exterior, que ahora debían enfocarse hacia África.

La consideración de América como el ámbito natural de proyección histórica, intelectual y política se convirtió en una constante del nacionalismo español en el tránsito de los siglos XIX a XX, coincidiendo con un período de buenas relaciones con las repúblicas americanas. La conmoción política y moral acarreada por el Desastre de 1898 abrió una nueva fase para la apreciación del hecho americano, en la que España, liberada del lastre político que suponía el mantenimiento de las colonias en las Antillas y el Pacífico, buscó nuevas perspectivas de regeneración donde la acción americanista desempeñó un papel relevante.

Marcelino Menéndez Pelayo fue, junto con Donoso Cortés, el más importante sistematizador del tradicionalismo intelectual del siglo XIX, en especial con su interpretación de la historia de España en

² Andrés Borrego, *De la situación y de los intereses de España en el movimiento reformador de Europa, 1848* (Madrid: Francisco Andrés y Compañía, 1848), 147.

clave nacionalista y católica, que resultó un pie forzado para las ulteriores formulaciones ultraconservadoras en política exterior. Uno de los mensajes más reveladores de su obra es la afirmación de que la unidad de creencia trazada por el cristianismo fue históricamente tanto o más importante que la unidad política impuesta por Roma. El polígrafo santanderino interpretó la historia de Europa como un continuo forcejeo entre la barbarie septentrional y la civilización latina. España mostró una constante beligerancia contra la heterodoxia religiosa y en favor de una unidad de creencia bajo el dogma católico que permitiera consolidar la *Pax Christiana* en Europa. La conquista y la colonización de América fueron interpretadas como un regalo de la Providencia por esa defensa a ultranza de la religión católica, mientras que las independencias americanas del siglo XIX aparecen como el justo castigo a una España europeizada que había renunciado a la defensa de la ortodoxia católica a lo largo del siglo XVIII. Si Menéndez Pelayo sentó la base erudita necesaria para la justificación histórica del tradicionalismo nacionalista del primer tercio del siglo XX, respecto al espacio americano no fue un pensador sistemático, aunque sus intuiciones contribuyeron de forma decisiva a constituir el acervo teórico de las posteriores formulaciones sobre la Hispanidad, entendida como vinculación espiritual entre España y América en tradiciones, ideas y formas de vida³.

El movimiento cultural regeneracionista dejó patente la contraposición entre el referente europeísta y una acusada tendencia al “reco-gimiento”, que había sido postulado por el político Antonio Cánovas del Castillo desde los orígenes de la Restauración. En su obra *Idearium español* (1897), Ángel Ganivet pasó revista a las principales líneas de actuación exterior de España. De los grandes vectores de expansión hacia el Norte (Países Bajos), el Oeste (América), el Este (Italia y Mediterráneo) y el Sur (África), Ganivet aprobó los dos últimos, aceptó con reparos el segundo y consideró que el primero fue un desastre y un absurdo político. A su juicio, la pérdida del rumbo histórico del país comenzó con Carlos V, que convirtió a España en una nación plenamente continental y la condenó a una segura decadencia. El autor granadino concluía que el país debía concentrar sus energías en el propio territorio, ya que “España no puede tener hoy política exterior bien determinada”, por faltarle una constitución interna suficientemente robusta para seguir un rumbo propio, en armonía con sus propios in-

³ Sobre Menéndez Pelayo y su actitud respecto a Hispanoamérica, véanse Roderick A. Molina, “Menéndez y Pelayo and America”, *The Americas*, 3 (1946), 263-279; Rafael García y García de Castro, *Menéndez Pelayo. El sabio y el creyente*, 2ª ed. (Madrid: Eds. Fax, 1940), 497-508; Antonio Tovar, *Menéndez Pelayo. La conciencia española* (Madrid: Ediciones y Publicaciones Españolas, 1948), 427-447, y Guillermo Lohmann Villena, *Menéndez Pelayo y la Hispanidad* (Madrid: Rialp, 1957).

tereses⁴. Las excepciones a este retraimiento eran la reivindicación de Gibraltar, una futura y “legítima” expansión política por África y la unión con Portugal. En lo que atañe a América Latina, preconizó la reconstitución de “la unión familiar de todos los pueblos hispánicos”, pero no esbozó ningún proyecto de tutela espiritual o de imperialismo cultural sobre el subcontinente. Ganivet solo creía posible una “confederación intelectual o espiritual” que impulsase un nuevo orden político y social, más avanzado que el de los imperios en boga por estar basado en el espíritu, el humanismo y la religión. La política española debía seguir siendo imperial, pero sin intereses materiales, y priorizaba el cultivo de la inteligencia para colaborar con los mejores hombres de otras naciones, especialmente las iberoamericanas.

La polémica sobre las dosis necesarias de nacionalidad o de europeización que se podían prescribir a un país en crisis aguda de identidad, marcó la trayectoria ensayística de hombres como Joaquín Costa, que, en contraste con otros miembros del movimiento intelectual regeneracionista, fue el gran abanderado de una política de europeización sin restricciones. Para la extrema derecha, el europeísmo costista era, sin embargo, el caballo de Troya que facilitaría la invasión de fuerzas disolventes como el materialismo y la democracia. Enrique Tierno Galván pensaba que Costa nunca fue un verdadero europeísta, ya que nunca se manifestó acerca de la unidad o de la integración política supranacional. Fue un europeizante, lo que es muy distinto. Esta dimensión del pensamiento costiano parece tardía, por lo menos en su formulación más combativa, y, según Tierno, entraba en contradicción aparente con sus entusiasmos patrióticos, que cree más sinceros que su apuesta por la España europeizada posterior a 1898⁵.

Los escritores de la Generación del 98 pretendieron encontrar una explicación a los males nacionales en el estudio psicológico del “alma española”, y para ello indagaron en el pasado desde distintas perspectivas: la tradición como base antropológica constitutiva de la idiosincrasia del pueblo español, los mitos literarios (la elevación de personajes como Don Quijote al rango de figuras arquetípicas sobre las que gira la identidad colectiva) o el paisaje como reflejo apenas mutable del carácter y de la cultura nacionales. El autor que afrontó con mayor intensidad el dilema entre arcaísmo y modernidad a la hora de situar a España en el contexto europeo de la época fue Miguel de Unamuno. Frente a los tradicionalistas vueltos hacia el pasado más castizo y retrógrado, y los europeístas que imitaban los cambios en sentido modernizador sin adaptarlos a la idiosincrasia española, Unamuno su-

⁴ Ángel Ganivet, *Idearium español y El porvenir de España*, 5ª ed. (Madrid: Espasa-Calpe, 1957), 123-124.

⁵ Enrique Tierno Galván, *Costa y el regeneracionismo* (Barcelona: Barna, 1961), 217.

girió una postura intermedia, fundamentada sobre la observación de los hechos del pasado⁶. Se trataba de que el espíritu español se acercase cada vez más al “espíritu universal”, una categoría hegeliana que Unamuno vinculó con su concepto de “tradición eterna”, esto es, la esencia intrahistórica de España opuesta al casticismo. Entendida esa tradición eterna como parte de un movimiento espiritual más general, la esencia intrahistórica de España, su auténtica identidad como nación, solo la podrían descubrir los españoles “europeizados”. De este modo, sus reclamos para la “españolización” de Europa no entraban en contradicción con la necesidad perentoria de “europeizar” España⁷.

Desde finales de 1896 hasta bien entrado 1897, Unamuno se vio sumido en una profunda crisis espiritual, y pasó a profesar un misticismo en el que confronta los valores de la modernidad con “nuestra vieja sabiduría africana” de la religión, la fe y la muerte. Su trayectoria antieuropeísta culminó en el trabajo “Sobre la europeización. Arbitrariedades” (1906), donde trató de definir lo español como lo antieuropeo por excelencia y reivindicar la fórmula quijotesca de “españolización de Europa” como la auténtica filosofía nacional⁸. Según Elías Díaz, Unamuno se orientó hacia el nacionalismo irracionalista y populista debido a su calidad de apologista de la burguesía tardía, que frente al cliché modernizante de Europa opuso los valores, pretendidamente superiores, de la tradición española. Por todo ello, las ocurrencias casticistas del rector de Salamanca alimentaron durante los años treinta las lucubraciones antiginebrinas del sector más tradicional y antieuropeísta del fascismo español⁹. Pero su presunta proclividad fascista debe ser tomada con suma cautela: su idea de raza era puramente espiritual y se distinguía por una comunidad de cultura histórica que se fundamentaba sobre todo en la lengua, no en un racismo biológico o en la identidad de ciertas convicciones político-ideológicas, como el catolicismo¹⁰.

La polémica europeísmo/casticismo, que en buena medida libraron los intelectuales de las generaciones del 98 y del 14, se recrudeció con la puesta en marcha de la conjunción republicano-socialista en 1909. Desde entonces, José Ortega y Gasset se erigió en líder de los eu-

⁶ Louis Urrutia, “1895. Unamuno et *En torno al casticismo*”, *Les Langues Néo-latines*, 68/208 (1974), 96-97.

⁷ “Sobre europeización” (1908), en Miguel de Unamuno, *Ensayos*, vol. I (Madrid, Aguilar, 1942) 890.

⁸ “Sobre la europeización. Arbitrariedades”, *La España Moderna*, 216 (diciembre 1906), 64-83, en Unamuno, *Ensayos*, cit., 901-910.

⁹ Elías Díaz, “Estudio preliminar”, Miguel de Unamuno, *Pensamiento político* (Madrid: Tecnos, 1965), 46.

¹⁰ Consideraciones coetáneas sobre el prefascismo de Unamuno, en Ramiro Ledesma, “Grandezas de Unamuno”, *La Conquista del Estado*, 2, 21-III-1931 y Juan Aparicio, “La voz imperial”, *La Conquista del Estado*, 19, 25-VII-1931.

ropeizadores, identificando a Europa con precisión, exactitud, lógica y objetividad científica¹¹. Señero exponente de la intelectualidad liberal de firme vocación cosmopolita, Ortega no compartió el ambiente revolucionario de la Europa de la primera posguerra, donde la movilidad social y política sin precedentes contrastaba con el declive acelerado de los valores adscritos a las minorías egregias. En *España invertebrada* (1920), expuso su peculiar visión de la decadencia nacional, que no ponía en el haber de la política exterior desplegada por España en su época imperial, sino en la desestructuración histórica del país, explicada mediante su teoría de la relación entre minorías y masas inspirada en las tesis de Wilfredo Pareto sobre la circulación de las élites. Frente a la desvertebración, la promesa de salvación se cifraba en la realización de un ambicioso proyecto de dinamización nacional dirigido desde el régimen liberal existente, al que debían plegarse con disciplina y solidaridad todos los intereses de clase con docilidad y ejemplaridad. Ortega propuso un nacionalismo imperialista de rasgos bastante imprecisos, y, en un sentido cercano al del futurismo italiano, exaltó el uso de la fuerza como signo de vitalidad de los “pueblos creadores e imperiales”. El mayor valor de la historia era la “nación en expansión”, capaz de imponer vinculaciones territoriales por la fuerza. Una nación entendida como “una masa humana organizada, estructurada por una minoría de individuos selectos”¹², y vertebrada en torno a un proyecto ambicioso de política internacional. El parentesco inspirador del concepto de “unidad de destino en lo universal” elaborado por el líder falangista José Antonio Primo de Rivera no deja lugar a dudas. Frente a la nostalgia del pasado propia del pensamiento conservador más tradicional, el fascismo español encontró en el dinamismo y el optimismo vital orteguianos un punto de referencia para fundamentar su concepto de nación, y, por ende, sus ideas de acción exterior. Aunque el nacionalismo imperialista orteguiano era de naturaleza abstracta, sociológica e históricamente, sus intuiciones sobre la fuerza como el gran mito movilizador y unificador de las energías nacionales (y continentales) en un proyecto exterior de carácter expansivo, serían llevadas hasta las últimas consecuencias por ciertos ideólogos del fascismo español.

La respuesta a la interpretación liberal sobre la esencia de Hispanoamérica y su relación con el destino de España procedió de muy diversos autores, y desarrolló las más variadas consideraciones. Eugenio d’Ors, que viajó a Argentina en 1918 y 1921, exaltó una idea

¹¹ “Asamblea para el progreso de las ciencias” (1908), en José Ortega y Gasset, *Obras Completas. Tomo I (1902-1915)* (Madrid: Taurus-Fundación José Ortega y Gasset, 2000), 186.

¹² José Ortega y Gasset, *España invertebrada. Bosquejo de algunos pensamientos históricos*, 8ª ed. (Madrid: Espasa-Calpe, 1984), 99.

imperial contra el principio de las nacionalidades, veneno segregado por el liberalismo revolucionario. D'Ors buscaba un ideal de América basado en la unidad, el imperio, el rigor, la medida y el estilo, contra el singularismo de lo autóctono. América, heredera legítima del legado hispánico tradicional, debe asumir la misión universalista que España recibió de Grecia:

América tiene una tradición que es, en suma, la misma que tuvo Grecia en su proyección clásica, que tuvo España en sus horas mejores, que ha tenido Francia en sus normas esenciales. una tradición cifrada en la vocación por lo genérico, por lo ecuménico, por lo universal; en el desdén de todo lo característico, y privado, y pintoresco¹³.

Para el tradicionalismo cultural y político del tránsito del siglo XIX al XX, la evocación de una Edad de Oro identificada con el pasado imperial fue un sostén importante del nuevo nacionalismo español, que, antes que en un territorio o en una estructura política, se fundamentaba en una actitud, una moral y un espíritu. En los análisis sobre política exterior, predominantemente historicistas, elaborados por los ideólogos del carlismo, se confrontaban los logros de la monarquía católica tradicional y los fracasos de la monarquía liberal que presidía el acto final del imperio ultramarino. El pretendiente Carlos de Borbón y Austria-Este (Carlos VII) no dejó de denunciar el peligro de que las nuevas repúblicas hispanoamericanas pudieran caer bajo la férula del neocolonialismo cultural y económico anglosajón. Solo un proyecto unitario cimentado en la afinidad cultural podía actuar como escudo eficaz frente a esa amenaza. En el Acta Política elaborada por la dirección carlista en el palacio veneciano de Loredán el 20 de enero de 1897 se llamaba a “estrechar los vínculos del origen, de la lengua y de los intereses entre la Madre de América y las repúblicas que nos deben la fe, la civilización y la sangre, para que, constituyendo una poderosísima confederación de los pueblos hispano-latinos de uno y otro hemisferio se pueda así contrarrestar la pretensión absorbente de la raza sajona”. Pero también se proponía restablecer en las últimas posesiones ultramarinas la administración virreinal y las Leyes de Indias¹⁴.

Otra línea de fuga hacia Europa propia del ultraconservadurismo español es el intento de reversión de las alianzas establecidas en los albores del régimen constitucional. Las potencias tradicionalmente aliadas de la España liberal (Francia y Gran Bretaña) fueron consideradas culpables de la decadencia y principales obstáculos de la aspiración

¹³ Eugenio d'Ors, “Nacionalismo en América”, en *Cuando ya esté tranquilo* (1927), de *Nuevo Glosario* (1927-1933), vol. II (Madrid, Aguilar, 1947), 28-29.

¹⁴ “Conferencia en el Loredán. Acta Política”, *El Correo Español*, 26-I-1897, 1-2.

española a recuperar su papel de gran potencia. La propuesta para la revisión de las alianzas fue desarrollada y sistematizada por el tribuno tradicionalista Juan Vázquez de Mella en sus tesis sobre los “dogmas nacionales”: “Gibraltar español, unión con Portugal, Marruecos para España, confederación con nuestras antiguas colonias; es decir, integridad, honor y grandeza”¹⁵. El revisionismo mellista en política exterior reposaba en la posibilidad de una ruptura del equilibrio mediterráneo mediante el abandono de la alianza decimonónica con Francia e Inglaterra y el acercamiento a la Triple Alianza, sobre todo a Alemania, implícito en el pacto con la Tríptica a través de Italia, suscrito paradójicamente por un gobierno liberal en 1887.

La concertación de algún tipo de unión ibérica y la recuperación de Gibraltar eran, desde la perspectiva del tradicionalismo, pasos previos para la obtención del cuarto gran objetivo histórico: el retorno de España a Iberoamérica. Mella pedía la constitución de unos Estados Unidos de Sudamérica, dependientes de España y obligados a aceptar que la “madre patria” ejerciera de orientadora principal en sus asuntos internacionales¹⁶. Aunque advirtió que para emprender cualquier acción habría que lograr la unidad interna de la nación, el dogma americanista de Mella significaba un paso atrás en los postulados confederales expuestos por Carlos VII, ya que proponía que la monarquía asumiese tareas directivas, mientras que la Iglesia católica actuaría como catalizadora de las diversas raíces hispanas e impulsora de los nuevos brotes de civilización que surgieran del gran tronco hispano “que casi cubrió el sol”¹⁷.

Cabría cuestionarse la existencia de una visión integral de Europa y América en el seno de los movimientos ultraconservadores y reaccionarios españoles del tránsito del siglo XIX al XX, que pudiera presentarse como un antecedente válido de la política exterior del fascismo autóctono. Por su talante espiritualista o su carácter revisionista, las líneas de acción propuestas por la ultraderecha no brindaban una alternativa plausible y factible de convergencia e integración continental o transcontinental. Es cierto que las reivindicaciones históricas formuladas por la extrema derecha intelectual sentaron algunas de las bases de la doctrina de acción exterior del fascismo español, por cuanto supusieron un desafío al *statu quo* que fue asumido por este con una mayor agresividad verbal. Pero la propuesta revisionista de política exterior emanada de los sectores reaccionarios no pasaba de una tímida reversión de alianzas en el marco de una *Realpolitik* dicta-

¹⁵ Carlos de Borbón y Austria-Este, *Testamento político de S.M. Carlos VII* (Pamplona: Impta. Coronas, 1934), 9-10.

¹⁶ Ensayo de 1915, en Juan Vázquez de Mella, *Dogmas nacionales*, 2ª ed., (Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 1946).

¹⁷ Juan Vázquez de Mella, Discurso en el Congreso de los Diputados, en *DSC*, 3-III-1906, 3000-3012.

da por intereses nacionales. La relativa novedad del mensaje fascista en este campo sería la justificación retórica de una voluntad expansiva (tanto territorial como espiritual) integrada en un marco referencial más amplio e ideologizado: un Nuevo Orden alternativo del demoliberal y con ejes en Madrid, Roma y Berlín e incluso Moscú. Se puede concluir, por tanto, que a pesar de que sus objetivos revisionistas eran similares, los argumentos políticos no fueron idénticos, como tampoco lo fueron los instrumentos de ejecución.

2. Origen, formulación y difusión de la doctrina de la Hispanidad: de Zacarías de Vizcarra a Ramiro de Maeztu

Durante la Dictadura de Primo de Rivera se consolidó un proyecto americanista de carácter conservador que sería reasumido por el franquismo con ingredientes retóricos más radicales. A las ideas que acabamos de exponer sobre la necesidad de un rearme moral de Europa frente a la crisis del liberalismo se añadió la reactivación del discurso católico-patriótico de los pensadores contrarrevolucionarios españoles, que enunciaron una nueva teoría de la situación de España en el mundo a partir de la reacción suscitada por el triunfo teórico del europeísmo democrático con la proclamación de la Segunda República. *Acción Española* se convirtió en la asociación cultural y la publicación abanderada de esta revisión, en la que divulgó los pretendidos valores espirituales que debían de erigirse en el principal acervo cultural, no solo de una nación que buscaba su resurgimiento, sino también de una Europa que debía ser regenerada de su materialismo.

Las propuestas de proyección cultural hispánica se desgranaron desde el primer número de *Acción Española* con un escrito de Ramiro de Maeztu titulado “Hispanidad”, y culminarían desde el número 6 con una larga serie de artículos que darían lugar a una de sus obras más conocidas: *Defensa de la Hispanidad* (1934), considerada la formulación más completa del ideario hispánico reaccionario, mesiánico, patriótico y paternalista, que sería asumido por algunos de los más destacados teóricos del fascismo español. El término, que desde inicios del siglo estaba cobrando una nueva significación, relacionada con la identidad nacional y su proyección exterior, había sido utilizado por el sacerdote español Zacarías de Vizcarra (que Maeztu conoció durante su misión diplomática en Argentina entre febrero de 1928 y febrero de 1930) como alternativa al Día de la Raza, denominación habitual de la fiesta del 12 de octubre¹⁸. Este clérigo consideraba que la Hispanidad tenía una vertiente histórico-geográfica que englobaba al “conjunto

¹⁸ Pedro Carlos González Cuevas, “Hispanidad”, en *Diccionario político y social del siglo XX español*, dirs. Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes (Madrid: Alianza, 2008), 619.

de todos los pueblos hispánicos”, y otra espiritual, que designaba “el conjunto de las cualidades que distinguen a dichos pueblos”, entre las que descollaba el catolicismo. En su “ensayo bíblico-profético” aparecido en el número 15 de *Acción Española*, Vizcarra enumeraba las misiones que debía emprender España para la construcción teórica de un “ideal hispánico” repleto de valores imperiales, guerreros y nacional-católicos, que debía ser impulsado de forma cuasimística por unos “nuevos caballeros de Santiago”¹⁹.

La novedad que Maeztu aportó al discurso histórico-político del tradicionalismo es su ligazón con el Imperio católico español y su proyección en Hispanoamérica²⁰. Entendía la Hispanidad como una sustancia espiritual inseparable de los individuos, aunque por encima de ellos; un compendio de valores objetivos de tipo cristiano y humanista (pero con inquietantes rémoras imperiales, guerreras y nacional-católicas) de la identidad nacional española proyectada hacia el exterior. Para legitimar su propuesta, Maeztu abordó una reformulación del pasado de España, cuya misión histórica había sido enseñar a la Humanidad el camino de la salvación por la fe y la voluntad por tres caminos: la expansión imperial hacia ultramar, la supremacía política en Europa y la defensa de la fe católica²¹. Para Maeztu, la decadencia (a la vez crisis espiritual de la Hispanidad y crisis política del Imperio) sobrevino con la llegada de la dinastía extranjerizante de los Borbones, cuando España dejó de creer en su misión histórica y en su ideal católico que debía difundir por el mundo. Pero, al igual que la decadencia se prolongó a la España de los siglos XIX y XX, esta pérdida de identidad espiritual también estaba en el origen de las crisis que vivían las repúblicas hispanoamericanas, afectadas de subdesarrollo económico y amenazadas por la extranjerización. En la crisis de entreguerras, ante la decadencia de las naciones liberales que habían servido de modelo hasta entonces, España y América debían recuperar los fundamentos políticos de su gloriosa historia (para España, la monarquía tradicional y el espíritu de contrarreforma, y para América el régimen mixto de aristocracia directora y participación popular que disfrutó en los siglos

¹⁹ Zacarías de Vizcarra, “El apóstol Santiago y el mundo hispano”, *Acción Española*, 15, (1932), pp. 384-400. Sobre los orígenes del término “Hispanidad”, véase Ricardo del Arco y Garay, *La idea del imperio en la política y literatura españolas* (Madrid: Espasa-Calpe, 1944), 787.

²⁰ Jorge Novella, *El pensamiento reaccionario español (1812-1975): tradición y contrarrevolución en España* (Madrid: Biblioteca Nueva, 2007), 172.

²¹ Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*, 2ª ed. (Valladolid, s. ed., 1938), 86. Sobre esta obra, véanse Marie-Aline Barrachina, *Propagande et culture dans l'Espagne franquiste, 1936-1945* (Grenoble: ELLUG, 1998), 169-178; Pedro Carlos González Cuevas, *Maeztu, biografía de un nacionalista español* (Madrid: Marcial Pons, 2003), 309-317 y Ricardo Pérez Montfort, *Hispanismo y Falange. Los sueños imperiales de la derecha española* (México: FCE, 1992) 88-90.

XVI y XVII) y reasumir los valores del pasado: defensa del espíritu universal católico contra el de secta, estoicismo, trascendentalismo, vocación civilizadora, igualdad de todos los hombres y su liberación por la fe y la cultura²². El escritor vitoriano contemplaba la existencia de una sociedad supranacional hispánica, y propugnaba una política de coordinación que quizás acabase en confederación. Sin embargo, la Hispanidad preconizada por Maeztu no tenía connotaciones jurídicas, políticas o raciales. No es un “panamericanismo español”, sino el trasfondo social y moral de la común nacionalidad española e hispano-americana, cercano al “genio” de España descrito por Ernesto Giménez Caballero.

La Hispanidad como espíritu objetivo colectivo era también un principio que debía ser difundido por minorías²³. Los valores a defender por esta élite de nuevos misioneros serían el servicio, la jerarquía y la hermandad, opuestos a los principios revolucionarios de libertad, igualdad y fraternidad. Esta tentación de acción elitista y totalitaria permite explicar parcialmente la recuperación inmediata de Maeztu por el fascismo español.

La Hispanidad entendida como misión política y cultural volcada hacia el exterior se convirtió en ingrediente fundamental del acervo ideológico del nacionalcatolicismo español, pero también del fascismo local. Giménez Caballero calificó hiperbólicamente a Maeztu de “la más audaz camisa negra de las que hasta ahora ha alzado el brazo cesáreamente en la vida pública de las letras españolas”²⁴. Tras su asesinato en octubre de 1936, su discurso de defensa del pasado imperial y de la esencia católica de España fue adaptado por el aparato ideológico-propagandístico falangista como uno de sus principales soportes. Pero, a pesar de la innegable influencia que el escritor vitoriano ejerció sobre el campo intelectual contrarrevolucionario de la época, el fascismo español no asumió *in toto* la idea católico-ecuménica subyacente al pensamiento reaccionario español. Los representantes de la intelectualidad falangista buscaron, encontraron y utilizaron otro mito movilizador que les pareció más adecuado para la ansiada proyección de las energías nacionales hacia el exterior: la noción orteguiana del imperio, sin especiales connotaciones éticas, morales o religiosas, pero concebido como un instrumento de reafirmación de las potencialidades vitales de la nación en legítima concurrencia territorial o espiritual con el *Geist* de los otros pueblos. Los mitos del imperio, la Hispanidad, la raza o la homogeneidad cultural y espiritual

²² Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*, cit., 20, 53, 69, 79, 191 y 292.

²³ Donald Shaw, *La generación del 98*, 4ª ed. (Madrid: Cátedra, 1982), 125.

²⁴ Ernesto Giménez Caballero, “Conversación con un camisa negra”, *La Gaceta Literaria*, 15-II-1927.

basada en la religión fueron los cimientos historicistas sobre los que se apoyaría el nacional-catolicismo como rasgo identificativo del futuro régimen franquista. Bien es cierto que estos símbolos movilizadores fueron reformulados por los teóricos de los grupos fascistas españoles en un sentido más beligerante.

3. Miradas hacia el exterior del fascismo español durante la Segunda República

El discurso sobre Europa de los intelectuales filofascistas españoles resulta indisociable de las reflexiones sobre el “problema de España” y sus posibles soluciones (cosmopolita o casticista), producidas por la intelectualidad nacional desde los tiempos del Desastre. El grupo de *La Conquista del Estado*, reunido alrededor de Ramiro Ledesma Ramos, asumió una visión profundamente conflictiva de la realidad europea, contemplada como un campo de batalla donde no había lugar para la transacción o la negociación. Ledesma intentó difundir desde las páginas de *La Conquista del Estado* una peculiar idea imperial caracterizada por la exaltación nacionalista, el afán mesiánico y el vitalismo. Un imperio generador de unidad y mecanismo de nacionalización de las masas, definido frente a los nacionalismos alternativos de la periferia²⁵. Ya en el manifiesto fundacional de este grupo político-intelectual, fechado el 14 de marzo de 1931, se habla de la afirmación de los valores hispanos, de la “difusión imperial de nuestra cultura” (punto 7º) y de la prosecución de una política internacional original e independiente centrada en la “lucha contra el farieísmo de Ginebra” y la “afirmación de España como potencia internacional” (punto 16º). El catalizador de las diversidades nacionales sería la capacidad nacional para impulsar “intervenciones decisivas de rango universal”. La política de prestigio en el extranjero preconizada por Ledesma era, en su opinión, el mejor recurso unificador y movilizador de las energías nacionales. Como se puede constatar en sus escritos de 1935 *¿Fascismo en España?* y *Discurso a las Juventudes de España*, el concepto ledesquista de imperio ostenta un contenido más político y revolucionario que espiritual. No reconocía el componente católico del término, sino que lo utilizaba preferentemente, en sentido soreliano, como mito catalizador de los ímpetus agresivos y renovadores de la “juventud hispánica”.

Si, para Ledesma, el imperio era el gran objetivo revolucionario que debía movilizar a la juventud españolista, la postura de Onésimo Redondo, fundador de las Juntas Castellanas de Actuación Hispánica (JCAH), estaba más cercana a los postulados tradicionalistas

²⁵ Ferran Gallego, *El evangelio fascista. La formación de la cultura política del franquismo* (Barcelona: Crítica, 2014), 96.

y nacional-católicos representados por Maeztu, pero en un tono más beligerante. Redondo presentó a España como frontera entre las zonas continentales marcadas por la civilización o por la barbarie. Era “una reserva con vida propia, un depósito de originalidad cultural con vigor nuevo, frente al desgaste irremediable de los pueblos europeos transpirenaicos”²⁶. Del mismo modo que había culminado con éxito la Reconquista, la raza española, erigida en vanguardia de Europa, debía luchar ahora contra la barbarie comunista²⁷. Desde las páginas de *Libertad*, subtítulo “semanario de la revolución hispánica”, Redondo fue elaborando un ideario de exaltación castellanista de fondo profundamente reaccionario. Recogiendo los ecos de la Generación del 98, presentó a Castilla como el fundamento histórico de la unidad nacional y del imperio, base del futuro renacimiento español. Pero, como en Maeztu, la aspiración al imperio se limitaba al campo de lo cultural, y se dirigía de forma preferente a la proyección de los valores hispánicos hacia el exterior, puesto que “hay 80 millones de personas en ultramar unidas a nosotros por el lenguaje y la raza”²⁸. Los estatutos de las JCAH anunciaban “la afirmación de España como nación una e imperial, obligada por la historia y la capacidad de su cultura a ser fuerte entre los demás pueblos, dando al Estado una estructura y pureza hispanas. Proclama la Junta su veneración por las grandiosas tradiciones patrias y la comunidad de raza y destino con las naciones ibéricas de ultramar”²⁹.

Tras la fusión con el grupo de Ledesma y la creación de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (JONS) el 10 de octubre de 1931, Redondo afirmó que el objetivo de la nueva formación política era “la restauración espiritual del Imperio español, el encumbramiento de nuestra cultura hasta las nubes para que las naciones hijas de nuestra raza peninsular adquieran también rutas propias y aprendan, para su salvación, las lecciones soberanas de su madre”³⁰. Interpretaba el imperio como un ideal nacional, centrado en la recuperación del sentimiento católico y la aspiración de unidad interior, antes que como un designio explícito de expansión territorial. Si, desde la revista *JONS*, Ledesma reclamaba Tánger, Marruecos y una buena parte de Argelia, así como Gibraltar, Redondo opinaba que ese imperio debía ser predominantemente cultural y espiritual.

Hablar de la vertiente internacional del fascismo español supone mencionar de forma obligada a Ernesto Giménez Caballero, primer

²⁶ *Libertad*, nº 16, 28-IX-1931.

²⁷ Onésimo Redondo, “El regreso de la barbarie”, *JONS*, 1 (mayo 1933), 11-14.

²⁸ Onésimo Redondo, *El Estado nacional*, 2ª ed. (Barcelona: Eds. Fe, 1939), 101.

²⁹ Cit. por Javier Martínez de Bedoya, *Onésimo Redondo, Caudillo de Castilla* (Valladolid: Afrodisio Aguado, 1937), 22-24.

³⁰ *Libertad*, 66, 4-XII-1933.

mentor del fascismo italiano en nuestro país³¹. *GeCé* fue uno de los ideólogos filofascistas más atentos a los efectos que una política internacional expansionista podía producir en el proceso de nacionalización de las masas. A partir del viaje que hizo a Italia en 1928, comenzó a propagar por España una teoría de la latinidad militante basada en los que consideraba elementos clave de la tradición cultural y de la identidad europeas, esencialmente el Imperio romano y el catolicismo, mitos ecumenistas que estaban siendo sintetizados y reformulados, con toda su carga de modernidad e inconformismo, por el ideario mussoliniano. De este modo fue diseñando un proyecto de regeneración nacional y continental que intentaba armonizar los rasgos europeístas (ecumenismo religioso, identidad cultural, vocación a la vez rupturista y aglutinadora del fascismo y el comunismo) con los estrictamente autóctonos, vinculados a un nacionalismo español que se fue definiendo históricamente en oposición a las potencias rivales del continente, especialmente Gran Bretaña y Francia. *Genio de España* (1932) fue la obra donde *Gecé* sintetizó sus ideas sobre un nuevo orden europeo fundamentado en el fascismo³². Con un estilo profético y mesiánico, estudiaba la “trayectoria ascendente del nacionalismo español” (sic) desde la Hispania Romana hasta el Imperio de los Austrias, y su declive en los trece “noventayochos” sufridos por España entre 1648 y 1931. También trataba de elaborar un mito palingenésico mostrando la identidad entre fascismo y catolicidad, entendida esta última como idea universalista defendida por la España imperial y cesárea. El mito imperial era, a su juicio, la única salida regeneradora capaz de reagrupar a la nación y superar la lucha de clases, trasladándola al campo internacional, como hizo Enrico Corradini con el mito nacionalista italiano de la *nazione proletaria*. La adhesión del pueblo en torno a un proyecto autoritario de tono radical debería ser el punto de partida para la reivindicación de una iniciativa exterior imperial, contemplada como la mejor propuesta regeneradora del nacionalismo español, que debería asumir una posición arbitral entre el internacionalismo comunista y el ecumenismo de la Roma católica. A tal fin, debería recoger las aportaciones del “genio” de Oriente (en esencia, el revolucionarismo popular bolchevique, pero sin su doctrina materialista), de Occidente (los principios de libertad, humanismo y democracia procedentes de la Revolución Francesa) y de Cristo (catolicismo), con los

³¹ El estudio más completo de la personalidad y la obra de Ernesto Giménez Caballero es el de Enrique Selva Roca de Togores, *Ernesto Giménez Caballero, entre la vanguardia y el fascismo* (Valencia: Pre-Textos, 2000). Véase también “Ernesto Giménez Caballero. Una cultura hacista: Revolución y Tradición en la Regeneración de España”, número monográfico de *Anthropos*, 84 (1988).

³² Ernesto Giménez Caballero, *Genio de España. Exaltaciones a una resurrección nacional y del mundo*, 8ª ed. (Barcelona: Planeta, 1983).

que volvería a realizar una función de síntesis a través del fascismo (entendido en último término como cesarismo romano) para alcanzar su propia regeneración

La propuesta de política internacional elaborada por Giménez Caballero, no por contradictoria deja de enmarcarse en las coordenadas europeas que hemos marcado para los ultraconservadores. La recuperación de la unidad espiritual europea bajo el dogma católico representado por España era un sueño ya acariciado por Donoso, Balmes o Menéndez Pelayo, pero el definitivo renacimiento de la latinidad mediterránea debía ser propiciado por un nuevo movimiento de renovación espiritual e imperial bajo parámetros fascistas. El rasgo diferenciador del contradictorio y en ocasiones confuso proyecto regeneracionista expuesto en *Genio de España* era la reivindicación del espíritu nacional como síntesis (no como alternativa excluyente, según el dogma antieuropeísta del fascismo italiano) de los componentes de transformación presentes en el comunismo, el democratismo jacobino y el pensamiento católico, y su reformulación en un sentido totalitario muy peculiar, con la ayuda de mitos de proyección continental como el imperio de los Austrias.

La actitud ante Europa de la Falange no fue mucho más allá de las ideas expuestas por Giménez Caballero y los jóvenes jonsistas: frustración histórica, rechazo del orden europeo representado por Ginebra, reivindicaciones territoriales e imperialismo con tres connotaciones básicas: una valoración como afirmación y aglutinante nacional, un contenido espiritual-cultural susceptible de ser exportado hacia América y un componente de expansión territorial estrictamente fascista, pero que será el menos desarrollado³³. El falangismo no aportó nada sustancialmente nuevo a la reflexión sobre Europa abordada por los primeros intelectuales filofascistas españoles a inicios de los años treinta. Por lo demás, dejando a un lado la proclividad a la alianza con las nuevas potencias totalitarias (más Italia que Alemania), el discurso exterior de Falange siguió la línea, trazada ya por el tradicionalismo, de imperialismo espiritual hacia Hispanoamérica y de aspiraciones territoriales concretas en el Norte de África, junto a la vieja y recurrente idea de una federación de pueblos ibéricos junto a Portugal³⁴. No existió un verdadero impulso europeísta en el seno de los diversos movimientos fascistas españoles, más preocupados por los problemas domésticos que por revisar de forma decidida una posición internacional caracterizada por la marginación –¿voluntaria o forzosa?– de las grandes controversias y proyectos europeos.

³³ María Ángeles Egido León, *La concepción de la Política Exterior española durante la 2ª República (1931-1936)* (Madrid: UNED, 1987), 489.

³⁴ “Nuestra idea imperial: El Imperio Español”, *Patria Sindicalista* (Valencia), 5, 24-I-1934.

Los conceptos falangistas de Imperio e Hispanidad no sobrepasaron, al menos durante la República, el nivel retórico. El componente tradicionalista del primero y el cultural-espiritual del segundo cerraron el paso a toda consideración explícitamente agresiva, a pesar de lo cual no dejaron de presentarse reivindicaciones concretas en un contexto de crisis prebélica donde prevalecería el uso de la fuerza. A diferencia de los imperialismos agresivos alemán o italiano, el primero como resultado de la frustración suscitada por la mutilación territorial sobrevinida tras la derrota en la Gran Guerra, y el segundo como consecuencia de un irredentismo no satisfecho con la victoria, el fascismo español fue, en su concepción de la política exterior, la reacción a un proceso de decadencia y humillación nacionales enunciados ideológica y políticamente a partir de la pérdida de las últimas colonias. El lapso de tiempo transcurrido, la falta de un responsable claro en la crisis colonial, la asunción de las aspiraciones expansivas por las clases dominantes en exclusiva (en especial la corriente africanista) y el tributo de sacrificio pagado en esta política por las clases menos favorecidas, motivaron que el imperialismo español nunca lograra transformarse en un fenómeno de masas. Por ello alcanzó cotas de menor agresividad que en otros países, y optó todo lo más por proseguir la eterna elegía irredentista sobre Gibraltar o plantear la exigencia oportunista y coyuntural de una redistribución colonial a pequeña escala en el norte de África.

4. Las premisas imperialistas de Falange durante la Guerra Civil y la Segunda Guerra Mundial

La ideología del Nuevo Estado franquista se expresó frecuentemente bajo la forma de un mito imperial que recogía la tesis reaccionaria de la secular postración española y el impulso de un proyecto revolucionario que despertara a la nación y la encaminara hacia su destino histórico. Ambas facetas se integraron en la idea ambivalente de un imperio como expansión cultural y un imperialismo entendido como reivindicación territorial en el marco de la hegemonía fascista en Europa. Destaca la existencia de visiones compartidas entre los especialistas conservadores en política internacional y los defensores de una dogmática de partido³⁵.

En la Guerra Civil y la posguerra, las ideas de Imperio e Hispanidad fueron tratadas por numerosos intelectuales adscritos al bando vencedor, que mostraron sin grandes matices una noción religiosa y neoimperialista de la Hispanidad que afirmaba que España estaba destinada a desempeñar el papel de virtual líder fascista transnacional en

³⁵ Gallego, *El evangelio fascista*, cit., 570-571.

América Latina³⁶. Antonio Tovar describió el imperio como ideal universal del pueblo español que podía ser trasladado a América como “derechos de defensa y tutela” de la civilización española en el mundo³⁷. El historiador Jaume Vicens Vives definió el panhispanismo como un “fenómeno geopolítico puro”, con sólidos puntos de arranque en la biología y la historia. En su opinión, “España no puede limitarse a ser la cabeza de puente de América en Europa. Ha de recabar para sí sola, exclusivamente, el honor y la gloria de estructurar la Hispanidad en el Universo”³⁸. Manuel García Morente, neokantiano en sus orígenes, y converso al tomismo desde su ordenamiento sacerdotal en 1937, fue el formulador de la teoría hispánico-imperialista más completa y novedosa, que plasmó en obras como *Idea de la Hispanidad* (1938). Desde su perspectiva, la Hispanidad como unión espiritual no resultaba de la comunidad de lengua, de tradiciones o de historia, sino de “aquello por lo cual lo español es español”³⁹. García Morente proponía un razonamiento inverso al sugerido por Maeztu: la Hispanidad no era ya la expresión del destino histórico de España, sino un concepto puro y apriorístico, generador de esa misma personalidad nacional (“nación como estilo”) en España y en las repúblicas latinoamericanas que asimilaron estos principios tras su colonización y evangelización⁴⁰. España no forjó la Hispanidad, sino que esta es un proceso causal del cual España es su producto. En la estela del misticismo providencialista de Vizarra, García Morente argumentaba que el idealismo católico propició la sobrevaloración de la raza, la lengua y la cultura imperiales, de las cuales se extrajeron características psicológicas, étnicas y sociales para definir la modalidad del ser nacional hispánico, materializadas en la figura del Cid, epítome del “caballero cristiano” profetizado por Maeztu⁴¹. Con esta incorporación del idealismo trascendental kantiano a la noción de Hispanidad, las pretensiones de acción cultural española quedaban plenamente justificadas, puesto que no suponían imponer unos valores ajenos a la esencia de lo americano, sino que América venía definida precisamente por esa forma apriorística que era la Hispanidad, cuya existencia antecede la experiencia histórica concreta.

³⁶ Federico Finchelstein, “Fascismos que circulan: Mussolini, Hitler e Hispanidad en Argentina”, en *La patria hispana, la raza latina. Política y cultura entre España, Italia y Argentina (1914-1945)*, eds. Maximiliano Fuentes Codera y Patrizia Dogliani (Granada: Comares, 2021), 148-149.

³⁷ Antonio Tovar, *El Imperio de España*, 4ª ed. (Madrid: Afrodísio Aguado, 1941).

³⁸ Jaume Vicens Vives, *España. Geopolítica del Estado y del Imperio* (Barcelona: Yunque, 1940), 211.

³⁹ Manuel García Morente, *Ideas para una filosofía de la historia de España* (Madrid: Universidad de Madrid, 1943), 37, 47, 67 y 104.

⁴⁰ Manuel García Morente, *Idea de la Hispanidad* (Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1938).

⁴¹ Manuel García Morente, *Ser y vida del caballero cristiano* (Madrid: Juventud de Acción Católica, 1945), 35.

Para el diplomático Felipe Ximénez de Sandoval, por entonces delegado nacional del Servicio Exterior de Falange, la idea del imperio debía formar la columna vertebral de la política exterior nacional-sindicalista. Su primera fase sería la reconquista total de la nacionalidad y el Estado, y la creación de una conciencia colectiva de unidad de destino que impulsase las empresas exteriores. La diplomacia del Nuevo Estado debería intensificar las relaciones con las naciones estructuradas en organizaciones políticas y sociales semejantes a la nacional-sindicalista, sin mediatizaciones y en igualdad de derechos con estas potencias. Junto a esta política exterior de cuño filofascista, Ximénez de Sandoval reivindicó el espíritu y las aspiraciones falangistas como valores nacionales y patrióticos por encima del derecho internacional, a semejanza de las exigencias expansionistas nazis⁴².

La idea de imperio de Falange estaba compuesta sobre todo de referentes históricos, y en segundo plano aparecían los componentes culturales, psicológicos e incluso biológicos. Solo en contadas ocasiones (por ejemplo, en el momento de la derrota francesa a manos de la Wehrmacht) adquirió un carácter explícitamente reivindicativo territorial. Durante el período de victorias del Eje, los monárquicos José María de Areilza y Antonio María Castiella reivindicaron “una revolucionaria concepción del patriotismo en función del destino universal de la Patria”, y postularon una unión europea basada en móviles de unanimidad cultural, política y económica, mediante la interpenetración del alma romana con el espíritu germánico, y dirigido contra Inglaterra, cuyo imperio es “una arquitectura extraeuropea. O antieuropea, para hablar con mayor propiedad”⁴³.

Uno de los componentes simbólicos a tener en cuenta en la expresión práctica de esta imagen historicista y asertiva del imperio fue el papel perturbador y distorsionante jugado por la Leyenda Negra. La reacción contra esta interpretación negativa de la historia y de la cultura españolas se debía realizar en, al menos, tres frentes. En primer lugar, la exposición y difusión de los logros obtenidos por España en su tarea civilizadora en el orden político-jurídico (Leyes de Indias, administración virreinal, intangibilidad y neutralidad continentales), cultural (idioma, enseñanza, proclividad al mestizaje), religioso (evangelización) o económico (fomento de la agricultura, la industria y el comercio)⁴⁴. En segundo término, la denuncia de los orígenes, vías de difusión y propósitos de la Leyenda Negra. Por último, la implemen-

⁴² Felipe Ximénez de Sandoval, “Esquema de una política exterior nacional-sindicalista”, *Fe* (Zaragoza), 4, abril 1937, 187-194.

⁴³ José María de Areilza y Fernando María Castiella, *Reivindicaciones de España* (Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1941), 24 y ss.

⁴⁴ Ricardo Arco y Garay, *Grandesza y destino de España* (Madrid-Buenos Aires: Escelicer, 1942), 121-122 y 149-157.

tación de una enérgica respuesta intelectual, que confrontara el carácter misional y ecuménico del imperio español con el imperialismo anglosajón, exponente del materialismo subyacente al mantenimiento de una primacía económica que amenazaba la soberanía de los estados latinoamericanos y su identidad cultural hispánica⁴⁵. Tampoco faltaron los ataques al indoamericanismo o al indigenismo, que fueron despreciados como doctrinas difusas e irreales, basadas desde el punto de vista cultural en valores prehispánicos primitivos y políticamente en nacionalismos introvertidos y limitados, sin ambición universalista ni proyección de futuro, que soslayaban el aporte cultural español y difundían una versión denigratoria y capciosa de la conquista y la colonización. El latinoamericanismo también fue rechazado como término “frío y afrancesado”, inventado por las potencias mediterráneas (en especial Francia e Italia) que, a través de su reciente poderío cultural y migratorio, intentaban disputar el derecho de primacía espiritual española en el subcontinente⁴⁶.

La “hermandad de naciones” no fue interpretada como una comunidad de intereses y de aspiraciones prácticas que debía defenderse en posición de igualdad, sino como una vacua y amorfa identidad colectiva basada en la mitología de la unidad espiritual e histórica, cuya puesta en práctica implicaría la asimilación o el sometimiento a los parámetros culturales hispánicos, y no el sincretismo o el mestizaje de las distintas civilizaciones. Aunque Latinoamérica fue considerada esencialmente como una unidad orgánica fruto de la raza, la tradición y la cultura hispánicas, no faltaron formulaciones aisladas respecto al establecimiento de una comunidad basada en intereses materiales de índole económica⁴⁷.

A pesar de la difusión de tímidas manifestaciones de expansionismo comercial, en la retórica de Falange se percibió el conflicto existente entre las formulaciones neoimperialistas propias del capitalismo avanzado de los intelectuales y propagandistas más cercanos a la modernidad fascista, y el proyecto expansivo oficial del régimen, basado en valores y esquemas fundamentalmente precapitalistas que debían ser difundidos por una acción cultural de índole misional o pseudorreligiosa. Esta estrategia parecía adecuarse más a las limitadas

⁴⁵ Jesús Evaristo Casariego, *Grandezas y proyección del mundo hispánico* (Madrid, Editora Nacional, 1941), 145-147 y 257.

⁴⁶ Jesús Evaristo Casariego, “Hispanoamericanismo, no: Hispanidad”, *Diario Español* (Buenos Aires), 14-VIII-1939, 4.

⁴⁷ “El Imperialismo y el Imperio”, *Falange Española* (Buenos Aires), 2-IV-1938, 2; *Miramar* (seud.), “Unidad imperial. Comunidad de intereses económicos”, *Alerta* (Santander), 12-X-1937, 4; “La Fiesta de la Raza”, *El Adelantado de Segovia*, 12-X-1938, 1, y Ángel B. Sanz, “Economía americana. Del Imperio de Isabel al Imperio de Franco”, *Imperio* (Zaragoza), 12-X-1937, 2.

posibilidades materiales del Nuevo Estado español de posguerra, que trató de enmascarar su incapacidad con una actitud crítica respecto a los métodos de penetración neocolonial de las grandes potencias, que, a la inversa que España, priorizaban el poder material sobre las consideraciones de orden espiritual.

En todos estos autores, la idea de imperio no aparece explícitamente referida a la unión política con la América colonizada por España, pero la riqueza de significados del término Hispanidad (raza, imperio, evangelización, comunidad de cultura de historia y de intereses materiales, dignificación del emigrante, etc.) permitió a Falange adaptar la imagen de América y su actuación exterior a las circunstancias de cada momento mediante tres interpretaciones de la Hispanidad no excluyentes: en primer lugar, una *valoración como afirmación y aglutinante nacional*, basada en los conceptos de unidad y reconstrucción interna procedentes del acervo regeneracionista orteguiano, que como imagen simbólica fomentó la unidad y el consenso interiores, especialmente durante la Guerra Civil. En segundo término, un componente de *expansión territorial estrictamente fascista* que fue el menos desarrollado y quedó referido a reivindicaciones históricas como Gibraltar y los territorios del Norte de África, en el momento de máxima colaboración con el Eje en la primera fase de la Segunda Guerra Mundial. Por último, un contenido de *proyección espiritual en sentido católico* procedente de Maeztu y del pensamiento tradicionalista, que actuó como baza de acción cultural con pretensiones políticas más o menos declaradas en los momentos de reflujo del proceso de fascistización del régimen⁴⁸.

Estas tres interpretaciones dieron lugar a otros tantos objetivos que se fueron desgranando en la política doméstica y exterior de Falange: la Hispanidad como imagen simbólica que fomentara la unidad y el consenso internos, como baza de acción cultural con pretensiones de influencia política en el exterior, y como justificación de las propias aspiraciones de expansión o de colaboración con el imperialismo nazi-fascista. Se perseguía con ello la reafirmación del papel internacional de España, al erigirse en interlocutora de la comunidad latinoamericana de naciones ante las grandes potencias. Pero esta interpretación de la Hispanidad también se empleó posteriormente como recurso de legitimación exterior del Nuevo Estado, al destacar los valores esencialmente católicos del régimen español, con vistas a preservar la neutralidad a partir de julio de 1943 y a romper el cerco internacional durante la última etapa de la guerra y la posguerra. En suma, a pesar de que Frederick B. Pike calificara a la Hispanidad de concepto “más intransigente y teológicamente más dogmático, más militantemente

⁴⁸ Egido, *La concepción de la Política Exterior española durante la 2ª República*, cit., 489.

católico” que el de Hispanismo⁴⁹, sus ideas anejas (patria, nación, estado, raza, imperio o catolicismo) fueron adaptadas a la realidad política española de cada momento, e influyeron en la forja de una imagen polisémica de América que podía justificar las intenciones “regeneradoras” en el interior del Nuevo Estado, o propiciar eventualmente una política exterior de carácter expansivo. El régimen franquista siempre se inclinó por la primera opción.

Bibliografía

- Areilza y Fernando María Castiella, José María de. *Reivindicaciones de España*, Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1941.
- Arco y Garay, Ricardo del. *La idea del imperio en la política y literatura españolas*, Madrid: Espasa-Calpe, 1944.
- Barrachina, Marie-Aline. *Propagande et culture dans l'Espagne franquiste, 1936-1945*, Grenoble: ELLUG, 1998.
- Borbón y Austria-Este, Carlos de. *Testamento político de S.M. Carlos VII*, Pamplona: Impta. Coronas, 1934.
- Borrego, Andrés. *De la situación y de los intereses de España en el movimiento reformador de Europa, 1848*, Madrid: Francisco Andrés y Compañía, 1848.
- Casariego, Jesús Evaristo. *Grandeza y proyección del mundo hispánico*, Madrid: Editora Nacional, 1941.
- Egido León, María Ángeles. *La concepción de la Política Exterior española durante la 2ª República (1931-1936)*, Madrid: UNED, 1987.
- Finchelstein, Federico. “Fascismos que circulan: Mussolini, Hitler e Hispanidad en Argentina” en *La patria hispana, la raza latina. Política y cultura entre España, Italia y Argentina (1914-1945)*, eds. Maximiliano Fuentes Codera y Patrizia Dogliani. Granada: Comares, 2021.
- Gallego, Ferran. *El evangelio fascista. La formación de la cultura política del franquismo*, Barcelona: Crítica, 2014.
- Ganivet, Ángel. *Idearium español y El porvenir de España*, 5ª ed., Madrid: Espasa-Calpe, 1957.
- García Morente, Manuel. *Ser y vida del caballero cristiano*, Madrid: Juventud de Acción Católica, 1945.
- García Morente, Manuel. *Ideas para una filosofía de la historia de España*, Madrid: Universidad de Madrid, 1943.

⁴⁹ Fredrick B. Pike, *Hispanismo, 1898-1936. Spanish Conservatives and Liberals and Their Relations with Spanish America*, (Notre Dame-Londres, University of Notre Dame Press, 1977), 299.

- García Morente, Manuel. *Idea de la Hispanidad*, Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1938.
- García y García de Castro, Rafael. *Menéndez Pelayo. El sabio y el creyente*, 2ª ed., Madrid: Eds. Fax, 1940.
- Giménez Caballero, Ernesto. *Genio de España. Exaltaciones a una resurrección nacional y del mundo*, 8ª ed., Barcelona: Planeta, 1983.
- González Cuevas, Pedro Carlos. "Hispanidad", en *Diccionario político y social del siglo XX español*, dirs. Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes. Madrid: Alianza, 2008.
- González Cuevas, Pedro Carlos. *Maeztu, biografía de un nacionalista español*, Madrid: Marcial Pons, 2003.
- Griffin, Roger. *The Nature of Fascism*, Londres: The Pinter Press, 1991.
- Lohmann Villena, Guillermo. *Menéndez Pelayo y la Hispanidad*, Madrid: Rialp, 1957.
- Maeztu, Ramiro de, *Defensa de la Hispanidad*, 2ª ed., Valladolid, s. ed., 1938.
- Martínez de Bedoya, Javier. *Onésimo Redondo, Caudillo de Castilla*, Valladolid: Afrodisio Aguado, 1937.
- Molina, Roderick A. "Menéndez y Pelayo and America", *The Americas*, 3 (1946), 263-279.
- Novella, Jorge. *El pensamiento reaccionario español (1812-1975): tradición y contrarrevolución en España*, Madrid: Biblioteca Nueva, 2007.
- Ors, Eugenio d'. *Nuevo Glosario (1927-1933)*, vol. II, Madrid: Aguilar, 1947.
- Ortega y Gasset, José. *Obras Completas. Tomo I (1902-1915)*, Madrid, Taurus-Fundación José Ortega y Gasset, 2000.
- Ortega y Gasset, José. *España invertebrada. Bosquejo de algunos pensamientos históricos*, 8ª ed., Madrid: Espasa-Calpe, 1984.
- Pérez Montfort, Ricardo. *Hispanismo y Falange. Los sueños imperiales de la derecha española*, México: FCE, 1992.
- Pike, Fredrick B. *Hispanismo, 1898-1936. Spanish Conservatives and Liberals and Their Relations with Spanish America*, Nôtre Dame-Londres, University of Nôtre Dame Press, 1977.
- Redondo, Onésimo. *El Estado nacional*, 2ª ed., Barcelona: Eds. Fe, 1939.
- Selva Roca de Togores, Enrique. *Ernesto Giménez Caballero, entre la vanguardia y el fascismo*. Valencia: Pre-Textos, 2000.
- Shaw, Donald, *La generación del 98*, 4ª ed., Madrid: Cátedra, 1982.
- Tierno Galván, Enrique. *Costa y el regeneracionismo*, Barcelona: Barna, 1961.
- Tovar, Antonio. *Menéndez Pelayo. La conciencia española*, Madrid: Ediciones y Publicaciones Españolas, 1948.
- Tovar, Antonio. *El Imperio de España*, 4ª ed., Madrid: Afrodisio Aguado, 1941.

Unamuno, Miguel de. *Pensamiento político*, Madrid: Tecnos, 1965.

Unamuno, Miguel de. *Ensayos*, vol. I, Madrid, Aguilar, 1942.

Vázquez de Mella, Juan. *Dogmas nacionales*, 2ª ed., Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 1946.

Vicens Vives, Jaume. *España. Geopolítica del Estado y del Imperio*, Barcelona: Yunque, 1940.